

calibrite

colorchecker classic

Carta n.º 7148

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL ILMO. SEÑOR

D. JOSE RODRIGUEZ CARRACIDO

EL DIA 14 DE JUNIO DE 1908



Q-14

MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS
Propiedad de D. José Manuel de la Cuesta.
Calle de las Infantas, núm. 42.
1908

100mm

Car. F. n.º 7148

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL ILMO. SEÑOR

D. JOSE RODRIGUEZ CARRACIDO

EL DIA 14 DE JUNIO DE 1908



Q-74

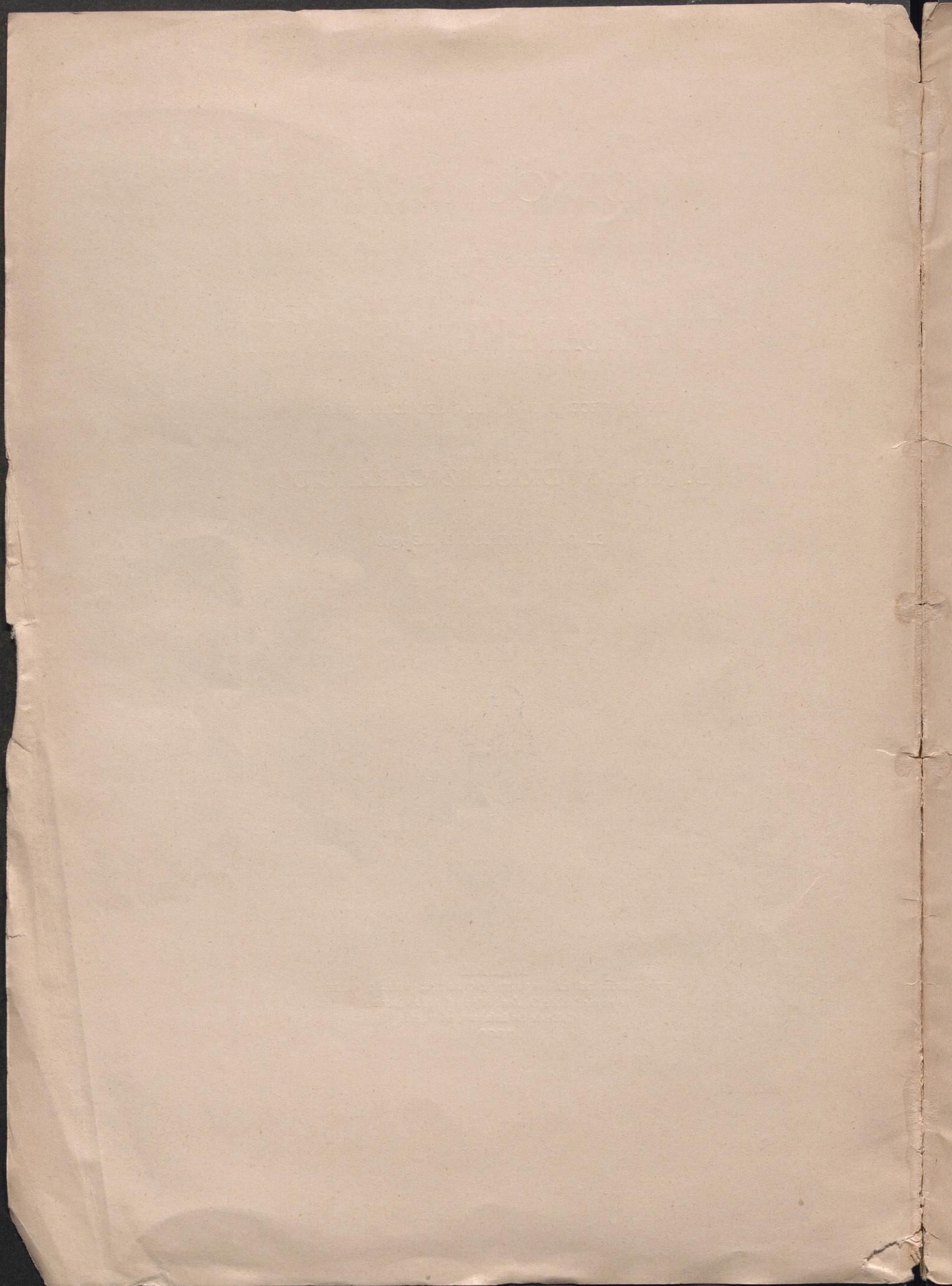
MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS

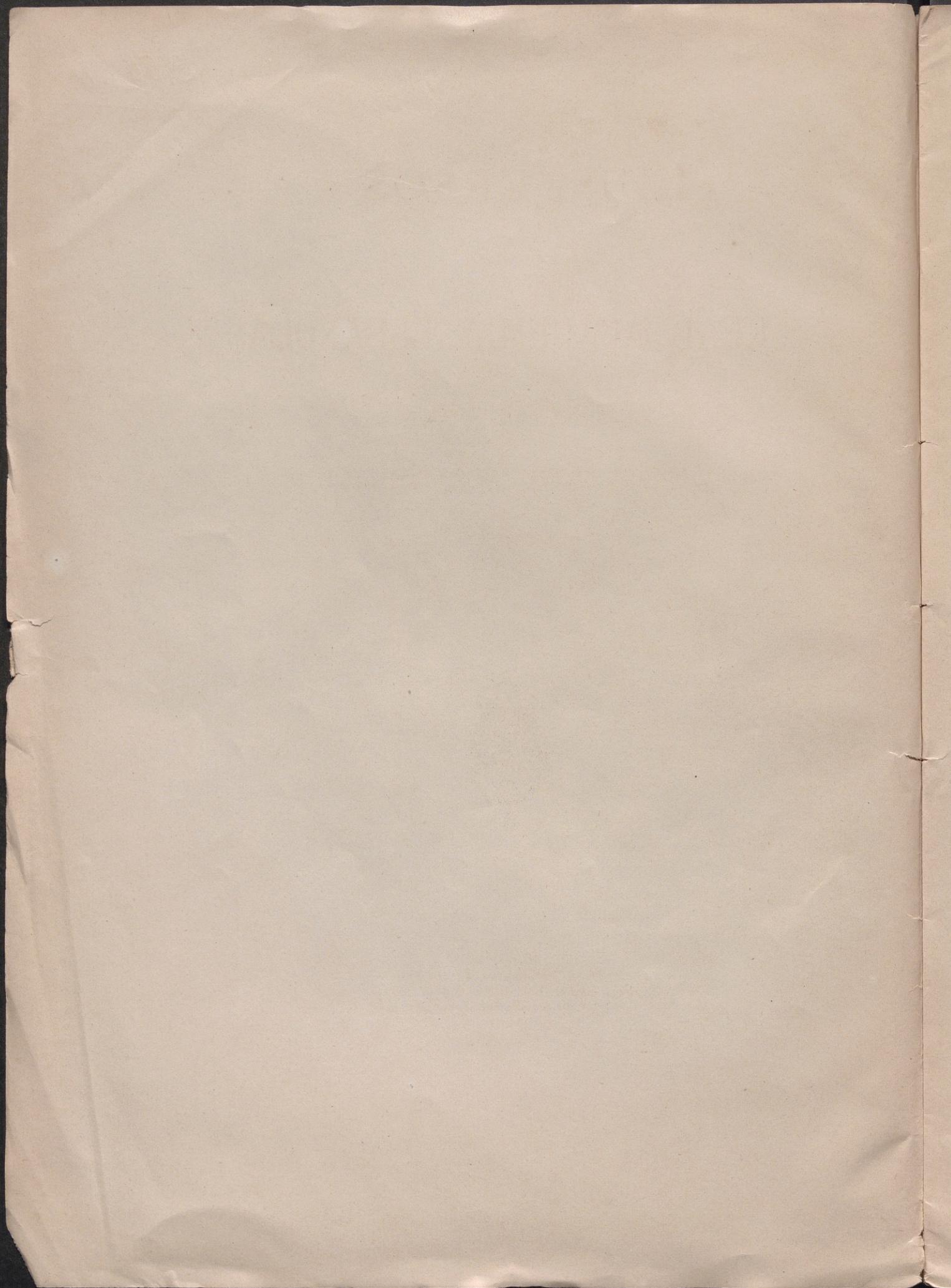
Propiedad de D. José Manuel de la Cuesta.

Calle de las Infantas, núm. 42.

1908



3.50 p/b



DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL ILMO. SEÑOR

D. JOSE RODRIGUEZ CARRACIDO

EL DIA 14 DE JUNIO DE 1908



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS

Propiedad de D. José Manuel de la Cuesta.

Calle de las Infantas, núm. 42.

1908

DISCURSOS

DE

FRANCISCO DE VITORIA

DE LA VINDICACION DE LOS INDIAS

DE FRANCISCO DE VITORIA

DE LA VINDICACION DE LOS INDIAS

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. D. JOSÉ RODRÍGUEZ CARRACIDO

SOBRE EL TEMA

VALOR DE LA LITERATURA CIENTIFICA

HISPANO-AMERICANA

1880

1880

1880

1880

1880

1880

SEÑORES ACADÉMICOS:

Los artífices del lenguaje llamados al seno de esta preeminente Corporación literaria escribieron, para dar público testimonio del alto aprecio del honor recibido, personalísimos exordios en los que la grandeza del merecimiento nunca entibió el fervor de la gratitud, y si rendidamente sintieron y hablaron quienes se presentaban en este lugar á recibir la merecida sanción de su fama, en mis palabras debe mostrarse la gratitud reduplicada, porque son dos los motivos por los cuales tengo de agradecer la merced de vuestros sufragios.

Es el primero puramente individual, y en él no insisto, reprimiendo los impulsos de mi corazón, ante el temor de que la insistencia en el deseo de patentizar la exuberancia de mis sentimientos sea tachada de exposición retórica de fingida modestia.

Es impersonal el segundo motivo, y por creer que no se ha de dudar de mi sinceridad, y sobre todo por su mayor transcendencia, lo dejaré muy explícitamente manifestado.

En el común sentir sólo se consideran pertenecientes á la literatura las producciones intelectuales cuyo fin es expresar lo bello por medio de la palabra, y según este criterio no entrarían aquí los que no fuesen cultivadores de los géneros literarios puramente artísticos; pero la Academia Española con más amplio juicio entendió, y sigue entendiendo, en su misión tutelar, no sólo de la pureza, sino también del progreso del habla nacional, que á las obras más severamente científicas debe alcanzar la policía del lenguaje, extendiendo la vigilancia al nuevo caudal de voces predestinado á salir del recinto del especialista para her-

hosear, primero, las obras de la elocuencia, y correr, después, en boca de las muchedumbres, como el director de los jardines públicos no puede descuidar los viveros donde, á solas y con pobres apariencias, se origina la pompa de la floresta que ha de ser ornato de los parajes de esparcimiento y embeleso de sus contempladores.

A esta amplitud de juicio debo atribuir el llamamiento con que me honrasteis, queriendo recompensar magnánimamente el respeto á nuestro idioma, que muchas veces detuvo mi pluma ante palabras todavía no traducidas al castellano ó viciosamente traducidas.

Aunque yo no sea en esta Academia el único cultivador de la literatura científica, permitidme que, aprovechando la resonancia del acto, asuma, en el momento de refrendar públicamente vuestros votos, la representación de los que en España se dedican á difundir los conocimientos físicos, y que en nombre de todos le rinda el homenaje de nuestra gratitud por demostrar con hechos que no están excluidos del honor de pertenecer á esta Corporación los que en los austeros territorios del tecnicismo científico cuidan celosamente el tesoro del idioma nacional, evitando que se deforme en su necesario desarrollo.

De esta subordinación del progreso á las leyes orgánicas del lenguaje estatuidas por la magistratura secular de nuestra gloriosa historia literaria es uno de los más altos ejemplos la inmensa obra de mi sabio antecesor el Excmo. Sr. D. Eduardo Benot, en la cual no hay sombra de temor al empleo de los neologismos necesarios, ni falta de respeto á los preceptos consolidados por la autoridad de los maestros del habla castellana.

Es Benot (y uso el tiempo presente porque vive en la inmortalidad, no por gracia otorgada, sino por derecho propio) de la excelsa estirpe de los polígrafos cuyos varios conocimientos tan orgánicamente se articulan en armónico conjunto que, sin perder sus caracteres específicos, establecen mutuas relaciones de convivencia, llevando los resplandores de la belleza literaria á la discusión de las proposiciones matemáticas é infundiendo el espíritu razonador en las esculturales estrofas de sus cantos. Por este íntimo consorcio del sabio y del poeta pudo escribir sobre la *Movilización de la fuerza del mar* el voluminoso libro que publicó entre sus *Memorias* nuestra Academia de Ciencias, en el que

se entrelazan gallardías del estilo, fórmulas algébricas é ingeniosos trazados de mecanismos; y al pintar con gran riqueza de color en *Afródita* la potencia creadora de la mente humana en su proceso evolutivo, fué compelido por el mismo sentimiento de unidad á presentar compenetradas la obra de la fantasía y la de la razón diciendo:

Lo bello es ver en éxtasis
la regla y la armonía;
sentir y ver imágenes
no vistas todavía;
lo bello está en el pórtico
que induce á la invención.

Despeja las incógnitas
la misma intensa llama,
ya aliento dé á los mármoles,
ya vida preste al drama,
ya en máquinas benéficas
infunda su creación.

La obra de Benot, por la vasta comprensión de sus asuntos, puede parecer contradictoria á la crítica somera; pero un examen profundo trueca en variedad armónica la contradicción aparente, patentizando el lógico discernimiento que con espíritu sereno da á cada parte el valor que le corresponde dentro del conjunto.

Sus ideas políticas avanzadas le conducían, caminando en línea recta, al abatimiento de todas las fronteras, y movido por la generosa utopía de la fraternidad universal, declara que

La nueva Humanidad con celos mira
al patrio Amor si hostilidad encierra;

anunciando entonces en efusión amorosa que,

Ciudadano del mundo, el hombre aspira
su Patria á ver en la anchurosa tierra;
que Humanidad no habrá mientras los hombres
liguen de Patria y de Aversión los nombres.

Pero inmediatamente surge ante su vista la realidad del organismo nacional demandando con todo el poder del derecho á la vida la de

fensa de sus legítimos intereses, y tanto en prosa, al discurrir sobre el afrancesamiento de su venerado maestro D. Alberto Lista, como en verso, después de haber dicho

 Mi Patria es todo el mundo: yo soy cosmopolita:
 soy hombre, y mis hermanos ajenos no me son,
invoca con fiereza el espíritu de la guerra, y une á sus *Poesías* la en que apostrofa con acentos épicos á los enemigos de la Patria, gritando:

 ¡Invasores: huid. Alzate, Guerra;
 muerte al que invada los parternos lares!
 Ya el mundo no es mi Patria: lo es la tierra
 donde están de mi raza los hogares.
 Conviértase en alcázar cada sierra
 protector de sus héroes tutelares;
 y ¡á la lid! ¡á la lid! ¡Fuera señores!
 ¡Vengan extraños; pero no invasores!

No obstante sus anhelos cosmopolitas, nunca pensó que fuese arcaísmo el amor á la Patria, y al mismo tiempo que entonaba himnos de esperanza á *La Fiesta del trabajo* y al *Congreso de la Paz*, esculpía soberbias octavas reales en el monumento conmemorativo de las victorias españolas, celebrando la de *Las Navas de Tolosa* y la de *Bailén*.

No, no es contradictoria la obra de Benot, sino múltiple, como producida por un cerebro feracísimo, sin parcela que no sea fecunda, y regulado por la disciplina del método científico.

Dos estudios de la mayor heterogeneidad que puede imaginarse por la índole de sus respectivos asuntos son resultado de la aplicación de idéntico procedimiento. Es el uno la *Estadística de la emigración é inmigración de España en los años 1882 á 1890*, y el otro el *Estudio biográfico y crítico de Shakespeare*.—Considerando en el primero la emigración como «fenómeno fatal y necesario sujeto á leyes superiores á la voluntad de los Gobiernos», analiza todas las condiciones del medio social que lo determinan, como el mecánico que aspira á resolver el problema de la dirección é intensidad de una fuerza resultante por el conocimiento del sistema de las fuerzas componentes.—Empleando en el segundo el procedimiento biológico seguido por De Candolle para inquirir las condiciones correspondientes á la producción de los sabios,

y el adoptado por Taine para conocer las causas de la creación artística, registra los antecedentes y las circunstancias de la vida del excelso dramaturgo para buscar en ellos el génesis de sus portentosas creaciones. Aquel fenómeno social y este fenómeno psíquico son dos casos, al parecer absolutamente diversos; pero un espíritu vigoroso como el de Benot, que penetra en las profundidades de la Crítica científica, los junta, conservándoles sus propias cualidades, en el seno de las leyes por que se rigen los procesos evolutivos.—Y este criterio, con tanta fuerza se impone á su pensamiento, que al terminar el análisis de la obra shakespeariana se siente compelido á preguntar: «¿Cómo existiendo ya la Filología comparada, la Anatomía comparada, la Legislación comparada, etc., no existe aún la Dramaturgia comparada?» Y llegando hasta las últimas consecuencias de su doctrina, añade: «es muy raro que ni siquiera tentativas se hayan hecho para sentar las bases de esa ciencia crítico-dramática, cuyos resultados nos revelarían los secretos de las obras que, por medio de los sentidos y de las emociones, han cautivado hasta aquí á todos los pueblos civilizados: y acaso nos inducirían á descifrar con cierta seguridad relativa los aún escondidos enigmas del arte de lo por venir».

Pero donde creo que aún resalta más el consorcio de los vastos conocimientos literarios y científicos de Benot, y donde su fecundidad se pone más al descubierto, es en los estudios gramaticales prolijamente desarrollados en la *Arquitectura de las lenguas* y en el tratado la *Prosodia castellana*.—Sobre todo en el segundo, se muestra la superioridad del nuevo humanista, que sobre la base de la Acústica experimental, y especialmente sobre las maravillosas investigaciones de Helmholtz, relativas al análisis físico de las vocales, cimenta la fonética del lenguaje sujetándola en su desarrollo á las leyes de las vibraciones sonoras y dejando entrever que si el citado Helmholtz escribió la *Teoría fisiológica de la Música*, se escribirá, mediante el progreso de los conocimientos acústicos, la *Teoría fisiológica de la Prosodia*, determinando los factores mecánicos de que se vale el órgano vocal para producir y matizar el lenguaje.

En todos los pueblos de habla castellana fueron elogiados los estudios gramaticales de nuestro genial lingüista, pero en los americanos

tuvieron más fervorosa acogida, por la cual le consultaban frecuentemente las eminencias literarias del otro lado del Atlántico, desempeñando en el silencio de su gabinete de trabajo una de las misiones diplomáticas más beneficiosas para nuestra Patria, la alianza espiritual de las nuevas nacionalidades americanas y la vieja metrópoli.

De esta labor es público testimonio la correspondencia con el sabio chileno, miembro de esta Academia, D. Eduardo de la Barra, émulo del que por adopción fué su compatriota D. Andrés Bello.

Quienes le visitábamos en los postreros años de su vida, viéndole trabajar con las ilusiones de la juventud y la constancia de la madurez, maravillados de que la luz al huir de sus ojos no dejara rastros sombríos que nublasen su ánimo, sentíamos la veneración más profunda hacia aquel modelo de probidad, que sólo por precepto de conciencia, vivía como un anacoreta en el yermo de su forzada reclusión prodigando sin tasa á cuantos las solicitaban las ideas de su fecundo entendimiento y las bondades de su magnánimo corazón.

Es tan grande la figura de Benot que podría ser asunto de mi discurso, como fueron la de Castelar y la de Campoamor de los de sus respectivos sucesores; pero si éstos hubieron de discurrir solamente sobre materia artística, que posee la virtud de ser alabada por todas las gentes y en todos los tiempos, no es posible obtener el mismo asentimiento en el caso de mi antecesor. Engendrada la mayor parte de su obra en el estudio reflexivo que con espíritu crítico examina los datos y discute los propios juicios antes de sistematizarlos, no puede tener la unanimidad con que se reciben las creaciones de la fantasía surgiendo entre las llamaradas del lenguaje apasionado. El sentimiento unifica, es religión en el sentido literal de la palabra; el razonamiento diversifica, es despertador de la individualidad, y por esta diferencia no conceptúo oportuno tratar en la ocasión presente materia que ha de ser justipreciada en todo su valor después de muy prolijos estudios.

Remitiendo á tiempos posteriores la valuación de las ideas gramaticales concebidas por el autor de la *Arquitectura de las lenguas*, tomo el camino que antiguas tareas me señalan con fuerza imperativa, y solicito vuestra atención benévola para las consideraciones que pienso hacer sobre el *valor de la literatura científica hispanoamericana*; advirtiéndole que, sin negar que sean ciencias las filosóficas, las sociales y las históricas, por la necesidad de limitar el asunto, y principalmente por razón de oficio, he de concretarme á la literatura dedicada á difundir y á promover el conocimiento de la Naturaleza. Y aun dentro de este linaje de producción intelectual sólo tomaré en cuenta la hispanoamericana por los motivos que se irán revelando en el proceso de este discurso.

En los áureos días del Renacimiento, sus eximios humanistas, tocados del *vano deseo de la belleza antigua*, se entregaron al escudriñamiento de los más íntimos resortes de las *lenguas sabias* con el propósito de reproducir las grandezas y los primores de la civilización gre-

colatina, y como resultado de sus pesquisas desarrollaron, á la par de un exquisito gusto artístico, el espíritu de análisis que, partiendo de su labor exegética, fué incentivo de la investigación, y aunque muy vagamente, precursor del trabajo experimental. Por esta razón de origen, la ciencia de la centuria décimosexta es en su mayor parte comento y amplificación de los textos magistrales de la antigüedad clásica. Los libros de Aristóteles y de Dioscórides, los de Arquímedes y los de Plinio constituían la *biblia* de los físicos y naturalistas del período del Renacimiento aún sometidos al principio de autoridad.

En la protesta á las doctrinas entonces seguidas con ciego acatamiento descuella España anticipándose á la rebelión de Galileo y de Descartes con declaraciones tan audaces como las ya muy repetidas de Villalobos, Andrés de San Martín, Gómez Pereira y otros, originadas, en mi sentir, por el relato de las cosas extraordinarias vistas por los exploradores del Nuevo Mundo, de las cuales dijo el P. Acosta que no podían explicarse por la Filosofía antiguamente recibida y platicada. La fina labor de los escritores científicos no españoles del siglo xvi fué promovida, en su mayor parte, por la exhumación de los documentos del mundo antiguo, y la más desenfadada de nuestros cosmógrafos y naturalistas por las propias revelaciones del Nuevo Mundo; aquélla busca sus materiales en el saber olvidado, y la que podemos llamar genuinamente nacional los recoge en la observación de la Naturaleza ignota. Por tan fundamental diferencia se dice que la Edad moderna de la Historia no empieza en la toma de Constantinopla, sino en el descubrimiento de América.

De la ciencia española la traducida y reeditada en las principales lenguas europeas es la de los escritores de Indias, interesante por la novedad de las observaciones y profundamente educadora por la independencia del juicio, como doctrina elaborada con materiales propios y con trabajo propio, y no por el estrujamiento de las proposiciones adquiridas por la erudición y alambicadas por la dialéctica.

Refiriéndose el Sr. Menéndez y Pelayo al siglo xvi de nuestra historia científica, pregunta: «¿Ofreció entonces nación alguna el espectáculo de independencia y agitación filosófica que caracteriza á España en aquella era?»; é inmediatamente contesta: «Todos los sistemas á la

sazón existentes tenían representantes en nuestra tierra, y sobre todos ellos se alzaba el atrevido vuelo de otros espíritus más independientes, osados é inquietos los unos, sosegados y majestuosos los otros, agitadores todos, cada cual á su manera sembradores de nuevos gérmenes y nuncios de ideas y de teorías que proféticamente compendiaban los varios y revueltos giros del pensamiento moderno.» Este cuadro de exuberante vida mental trazado por la hábil y certera mano del restaurador de muchos timbres de nuestra alcurnia literaria y científica tiene sus antecedentes en la impresión sentida por el espíritu nacional ante la noticia de las extrañas producciones de un Nuevo Mundo que ampliaban y modificaban el concepto del Cosmòs instigando al libre examen científico, del cual entre incontables testimonios aduciré el de un jesuíta, del ya citado P. Acosta, quien, al recibir la sorpresa de ver cuán otra era de la que esperaba la temperatura en la línea equinoccial, estampa el siguiente desacato: «Confieso que me reí é hice donaire de los meteoros de Aristóteles y de su Filosofía, viendo que en el lugar y en el tiempo que, conforme á sus reglas, había de arder todo y ser un fuego, yo y todos mis compañeros teníamos frío.»

Afirmase comúnmente que sólo en las producciones literarias y filosóficas se revela el carácter nacional, pero no en las científicas, en las cuales con absurda obstinación no quiere verse la personalidad del autor, alegando que los fenómenos naturales están sujetos á las mismas leyes en todas las zonas del Planeta y su conocimiento lo expresan por idénticas fórmulas los hombres que viven en las más apartadas regiones. No obstante este veredicto de identidad, nadie negará que la tradición de los grandes maestros orienta en determinadas direcciones la labor investigadora de los que trabajan influídos por las enseñanzas de aquellos iniciadores de verdaderas series intelectuales, constituyendo grupos específicos de cultura dentro del saber general humano, á semejanza de los organismos que se van diferenciando en la progresiva ramificación del árbol genealógico de los seres vivos. Por estas condiciones personales y locales de su proceso conceptuo que no es empeño artificioso distinguir la nacionalidad en la Ciencia; y sin que á ello se opongan sus modestas proporciones, afirmar que existe ciencia española, hoy poco perceptible por la pobreza del organismo nacional que la

produce, pero de gran realce en el período pujante de nuestra Patria realce adquirido principalmente en la labor original que hubo de realizar para el conocimiento y la explotación de las riquezas del Nuevo Mundo.

Cuando los pueblos en su desarrollo histórico alcanzan el grado de poderío que los coloca en puesto preeminente muéstranse grandes en todas las manifestaciones de la actividad humana. Los capitanes invencibles y los políticos sagaces siempre van acompañados de sabios y de artistas que preparan y completan la obra victoriosa de aquéllos, imponiéndose en el orden moral é intelectual por la superioridad de sus creaciones. La savia del organismo social afluye entonces con empuje vigoroso á todos sus miembros, y sean cualesquiera los trabajos que efectúen, en ellos va impreso el poder de la fuerza generadora, la cual, yendo más allá de la sustitución de lo envejecido, crea nuevos órganos si nuevas necesidades los exigen.

De esta potencia vital de las naciones en el período culminante de su grandeza es asombroso testimonio la acción de España en el Nuevo Mundo.

Surcan Colón y los Pinzones las aguas antes nunca navegadas del *Mar Tenebroso*, para ser seguidos poco después por los conquistadores más arrojados y más hábiles de los fastos de la historia. Casi al mismo tiempo que se realizan las fantásticas proezas de Cortés y de Pizarro, Magallanes y Sebastián del Cano ponen en evidencia con el argumento de su empresa náutica sobrehumana la esfericidad de la Tierra. Apenas arribada á Sanlúcar de Barrameda la nao *Victoria*, multitud de intrépidos exploradores se desparrama por la inmensidad de las regiones trasatlánticas dilatando con su penetración, no siempre pacífica, y nunca cómoda, los dominios de la Patria.

Constantemente afrentados por la ausencia de nombres españoles en el libro de honor donde se inscriben los de los investigadores de las leyes naturales, sin acallar el ansia de salir de nuestra vergonzosa obscuridad, podemos tener algún consuelo recordando que fuimos los principales investigadores del Planeta y los primeros en ofrecérselo á la Humanidad en toda su redondez. Y si en los libros de Física y de Química nunca leemos los apellidos de nuestra genealogía nacional, allá es-

tán diseminadas por los grandes Oceanos las islas de *Pérez* y de *Juan Fernández*, exhibiendo en medio de las embravecidas olas la ejecutoria de las audaces iniciativas de los patronímicos más vulgares de los linajes hispánicos.

Aunque las energías de la voluntad son estériles para la obra del progreso sin la dirección del entendimiento, los que no perciben todas las fuerzas implícitas que conducen al buen éxito de las empresas nacionales y sólo se convencen de su intervención ante las manifestaciones explícitas, podrán argüir que el arrojo, no el estudio, es el que se revela en los trazos precedentes; pero la réplica es inmediata añadiendo á lo dicho que el afán de conocer todo lo que en las nuevas tierras existía fué tan vehemente como el de conquistarlas. Desde las sencillas relaciones de viajes de los primeros descubridores, como la de Colón y la del médico Alvarez Chanca, en un lapso de tiempo muy corto crecen las exigencias literarias hasta el punto de no satisfacerse con monografías ni con estudios parciales, acometiendo la empresa de escribir la *Historia general de las Indias*, que, en forma de *Sumario*, ya es dada á luz por su autor Gonzalo Fernández de Oviedo en el año 1526.

Ampliada esta obra en ediciones sucesivas hasta la muerte del autor acaecida en el año 1557, y no publicada íntegra hasta que la Academia de la Historia la editó en los años de 1851 á 1855 bajo la inspección de D. José Amador de los Ríos, resulta el primer monumento de la literatura científica hispano-americana. ¡Qué caudal tan rico de noticias y de observaciones esparcido por los cuatro abultados volúmenes del venerable monumento literario! ¡Qué reflexiones tan sabrosas acerca de los seres y de los fenómenos más sorprendentes por su novedad y extrañeza! ¡Qué encantador el lenguaje cuyo léxico, como crisálida en evolución, muestra apenas transformados todos sus elementos etimológicos, y cuya sintaxis revela la simplicidad de los ensayos juveniles! ¡Qué interesante el conflicto del autor entre las exigencias de su cultura clásica y las de la exposición de asuntos que no pueden ser vaciados en los moldes clásicos!

Laméntase frecuentemente el primer Cronista general de las Indias de la precisión de separarse de Plinio porque la novedad de la materia lo demanda, y respecto á las también obligadas rebeldías de

lenguaje sus propias palabras, que transcribo, declaran su preocupación: «Si algunos vocablos extraños é bárbaros aquí se hallaren, la causa es la novedad de que se tracta: y no se pongan á la cuenta de mi romance, que en Madrid nascí y en la casa real me crié, y con gente noble he conversado, e algo he leydo, para que se sospeche que avré entendido mi lengua castellana, la qual de las vulgares, se tiene por la mejor de todas: y lo que oviere en este volumen que con ella no consuene, serán nombres ó palabras por mi voluntad puestas, para dar á entender las cosas que por ellas quieren los indios significar.»

Es la obra de Fernández de Oviedo como el espíritu de quien la escribió, y en todas partes comprueba la fidelidad de los rasgos con que los bioógrafos trazaron la figura del autor. Espontánea, insistemática, difusa, reflejo de impresiones no depuradas por severa crítica, expresión de un alma ávidamente asomada á la vida exterior sin la disciplina del recogimiento interior en el sosiego de la meditación; pero en todas sus partes rebotante de vigor personal y de lozanía.

Por su merecida autoridad y por su fuerza reivindicadora de nuestras maltratadas grandezas, no cesan de ser transcritas las siguientes generosas palabras de Alejandro de Humboldt: «El fundamento de lo que hoy llamamos Física del Globo, prescindiendo de las consideraciones matemáticas, se halla en la *Historia natural y moral de las Indias* del jesuita José de Acosta, y en la obra que publicó Gonzalo Fernández de Oviedo veinte años después de la muerte de Colón. Desde la fundación de las sociedades humanas nunca se había ensanchado tan repentinamente y de modo tan maravilloso como entonces el círculo de las ideas en lo que toca al mundo exterior y al sistema de sus relaciones en la dilatada extensión del espacio.»

Como ya hube de exponer en otra parte, no obstante el respetabilísimo juicio del autor del *Cosmos*, me parece que la obra de Fernández de Oviedo no puede considerarse cofundadora con la de Acosta de la Física del Globo, sino solamente relacionada con ella por los vínculos que unen la Crónica y la Historia. Todo lo que en la obra del primero es desorden, difusión y credulidad, es en la del segundo, método, concisión y crítica severa; las impresiones que se desbordan atropelladamente por las páginas de aquélla, en las de ésta son los cimientos de

una construcción científica; los capítulos pintorescos de Fernández de Oviedo son como los cantares de gesta precursores de la armónica epopeya labrada por el genio sintético del P. Acosta.

La publicación de la obra del Cronista general de las Indias fué acompañada y seguida de otras que con prolijas descripciones acrecentaban el conocimiento de las producciones de la Naturaleza en las tierras y en los mares entonces explorados, y hasta el de las constelaciones de los cielos que maravillaban los ojos de los que transponían la equinoccial; pero todas en el orden lógico, como en el cronológico, las veo con la significación de antecedentes de la construcción científica llevada á cabo por el P. Acosta, la primera que, en mi juicio, puede seguir llamándose *Historia*, como su autor la denominó.

Ya en las primeras líneas del *Proemio* advierte que del Nuevo Mundo han escrito muchos autores diversos libros y relaciones en que dan noticia de las cosas nuevas y extrañas; pero que ninguno trata de declarar las causas y la razón de tales novedades y extrañezas, ni de hacer discurso é inquisición en las cosas naturales, y aunque en su concepto, en el año 1590, en que su obra salía á luz, el mundo nuevo ya no era nuevo, sino viejo, por lo mucho dicho y escrito acerca de él, la precitada deficiencia de los anteriores tratadistas le daba base para creer que su *Historia* podía tenerse por nueva, por ser juntamente *Historia* y en parte *Filosofía*. El complemento filosófico puesto por el P. Acosta á la labor de sus predecesores patentiza la intuición consciente de los preceptos lógicos acatados por los sabios más conspicuos de nuestro tiempo al coordinar los fragmentarios y dispersos resultados de la investigación de los pormenores. Ni el hacinamiento de las monografías, ni la crónica de los hechos aislados constituyen verdadera *Ciencia* ni verdadera *Historia*: es ineludible en el génesis de estas creaciones orgánicas que el pensamiento, en su función de asociar y discernir, produzca la imagen de la vida articulando por las naturales coyunturas lo disgregado en los parciales estudios.

Quien dijo «por bajo que sea el sujeto, el hombre sabio saca para sí sabiduría, y de los más viles y pequeños animalejos se puede tirar muy alta consideración y muy provechosa *Filosofía*», sólo tocó en lo particular para constituir su doctrina, abstrayendo del género próximo el gé-

nero remoto y evitando deliberadamente la prolijidad de otros narradores conforme á su plan de no poner más peldaños que los necesarios para subir á las cimas desde las que se atalayan los grandes conjuntos. Se comprende que haya entusiasmado á Humboldt la obra del P. Acosta, porque el espíritu filosófico que la inspiró es precursor del suyo en el intento de llegar á la unidad del Cosmos, al través de la innúmera variedad de los casos particulares catalogados por el empirismo de la mera observación.

El tratadista del siglo XIX y el del XVI son de idéntica estirpe intelectual, diferenciándolos solamente los tiempos en que escribieron, pero igualándolos al triunfo de ser traducidos y reeditados en las principales lenguas de los pueblos cultos y de que sus nombres estén inscritos en el libro de honor de los grandes maestros de Filosofía natural.

*
* *

Por grande que fuese la sed de riquezas en el ánimo codicioso de los aventureros que fundaron con sus escudriñamientos la geognosia de la cordillera de los Andes, aquélla debió crecer hasta la vehemencia del apetito incontrastable, contemplando las ingentes montañas, á las que podía extenderse lo que dijo Ercilla:

del riquísimo y crecido
cerro de Potosí, que de cendrada
plata de ley y de valor subido
tiene la tierra envuelta y amasada.

La dificultad de portear el combustible desde largas distancias y lo defectuoso del modo de beneficiar los minerales de plata por las cantidades que del rico metal se perdían, no atenuaron el regocijo del hallazgo, ni siquiera produjeron la contrariedad del aplazamiento indefinido: con la presteza con que realizan cuantas empresas acometen las colectividades y los individuos en el momento de su prepotencia, el espíritu de invención les sugirió un nuevo modo de beneficiar la plata en frío con el intermedio del azogue, el cual rebusca y captura todo el tesoro que, desfigurado y esparcido, se esconde en las moléculas del mineral argen-

tífero. Hasta en este caso se ve confirmado que España, como dice Solís, legó á la posteridad, con la conquista de América, el más alto ejemplo de lo que pueden contra las dificultades el valor y el entendimiento.

El genio nacional imprimió en este invento tan profunda huella que, aún hoy, transcurridos más de tres siglos, subsiste, revelando su primitivo carácter en todos los tratados de Metalurgia, sea cualquiera el idioma en que se escriban.

Muéstranse en el período esplendoroso de nuestra historia los conocimientos metalúrgicos, desarrollándose conforme al tipo normal del progreso humano. Aunque en el orden lógico anteceden los principios científicos á las aplicaciones, en el cronológico, el espíritu, hostigado por la necesidad, antes encuentra procedimientos empíricos que en lo sucesivo se van razonando parcialmente, hasta constituir, por último, la doctrina sistemática que condensa en principios fundamentales aquellas reglas prácticas, sorprendidas primero por el espíritu de invención y disciplinadas más tarde por el razonamiento al ascender del hecho á la idea.

Esta escala de progreso aparece completa en el desarrollo de la metalurgia en el Nuevo Mundo. Empieza con el asombroso invento de Bartolomé de Medina, producto de la intuición que se apodera de los resultados sin tocar en los antecedentes, y termina con el *Arte de los metales* de Alvaro Alonso Barba, tratado doctrinal que presenta en orden sistemático los hechos antes inconexos. Para que no falte uno solo de los caracteres peculiares á estos dos extremos, cuanto se refiere á Bartolomé de Medina está envuelto en gran obscuridad, como los momentos iniciales de todo proceso; á la inversa de lo que acontece con Alonso Barba, cuya obra, hasta en su génesis, es conocida como producción cuyas raíces le dan el sustento de la dilatada experiencia del autor y de todos sus antecesores.

¡Qué figura intelectual y moral tan admirable la de este metalurgol! Su magnitud es tan extraordinaria, que Hoefler la exceptúa del desdén con que trata á los españoles, diciendo en su *Historia de la Química*, que es la *única* en todo el siglo xvii digna de especial mención.

Nacido en la villa de Lepe, actual provincia de Huelva, en 1569, sigue la carrera eclesiástica y trasládase al Perú, donde sucesivamente

desempeña varios curatos, siendo el último el de San Bernardo de Potosí. En todos, alternando con el cumplimiento de su ministerio, acometió empresas mineras, y por lo activo de su vida y lo fecundo de su ingenio, debió adquirir grandes riquezas; pero su temperamento, ajeno á la avaricia, anteponía el provecho de los demás al propio, y por su extremada generosidad murió en la pobreza. Colocado entre las empresas negociables y las desinteresadas investigaciones científicas, sólo le preocupaban las primeras para allegar recursos con que atender á las segundas. Todo su saber era de quien lo solicitaba, llevando su desprendimiento hasta el punto de que, habiéndole otorgado la Audiencia de la Plata una real provisión para el beneficio exclusivo de un procedimiento metalúrgico, permitió á todos su uso gratuitamente. Caballero andante de la exploración de la Naturaleza, penetraba en las obscuridades de la metalurgia, ambicioso de iluminarlas para arrancar en toda su integridad de las duras entrañas de los cerros peruanos el tesoro en ellas soterrado y distribuir después pródigamente el botín de su aventura.

El *Arte de los metales*, también difundido por toda Europa en sus diferentes lenguas, es el monumento más espléndido de la minería hispano-americana, libro castizo en el lenguaje y en las ideas, como nacido y criado en aquel tráfago industrial é intelectual en que la actividad española no dió paz á la mano ni al ingenio en la empresa de agotar las maravillosas riquezas encerradas en el Potosí, y en el cual residió nuestro tratadista «dejando puestos de más comodidades, como en plaza de armas ó Universidad la más famosa del mundo y donde más se necesita de la conferencia de nuestros semejantes.»

Autoridad tan respetable como la de Luanco, cataloga entre los alquimistas españoles á Alonso Barba, aunque «no con el intento de menoscabar su justo renombre». Varios son, en efecto, los pasajes de su libro que expresan la creencia en la transmutación de los metales; pero el mismo Luanco, después de transcribirlos, declara con recto y honrado juicio que no son de «alquimista práctico, sino teórico y de buen sentido dentro de la doctrina transmutatoria, á la que se inclinaba movido por experimentos que hoy se interpretan de muy distinto modo». Examinando el libro se ve claramente que el autor no cree en la transmutación de los metales por artificio, pero sí en la que puede efectuar

la Naturaleza por obra de sus procesos; lo mismo que dijo Crookes en el discurso leído en la Asociación Británica en 1886 al esbozar el cuadro de la Química evolucionista y que hoy repiten muchos químicos hasta con el refuerzo de experimentos transmutatorios, como el efectuado recientemente por Ramsay, en el que aparece el cobre convirtiéndose en litio.

Ostwald, que en su laboratorio de Leipzig se entrega á las más sutiles investigaciones de la Química-física para cimentar sobre bases positivas un sistema filosófico en el que progresivamente va desmaterializando la Naturaleza se erige en caudillo de la Química que hoy surge como heterodoxa, negando el dogma de la *persistencia de los elementos*, sustentado únicamente sobre el fracaso de los empeños de la Alquimia. Esta rectificación es la misma que en el capítulo xviii del libro 1 de su obra opuso nuestro metalurgo á la miopía mental de los que no ven más allá de la órbita de su rutina al escribir las siguientes proféticas palabras como consecuencia de su razonamiento acerca de la *generación de los metales*: «Muchos, con el vulgo, por ahorrar dificultosos discursos, dicen que desde el principio del Mundo crió Dios los metales de la manera que están hoy y se hallan en sus vetas. Agravio hacen á la Naturaleza negándole, sin fundamento en esto, la virtud productiva que tiene en las demás cosas sublunares.»

Al transportar el autor del *Arte de los metales* las ideas de los antiguos filósofos á la Metalurgia, colócase, con mejores títulos que sus maestros, en el puesto de precursor de la novísima doctrina de la *Evolución de la materia*. Se ha necesitado el advenimiento de la Química del siglo xx para que fuese comprendida en todo su alcance la filosofía trascendental de nuestro metalurgo del siglo xvii.

El largo período de apartamiento de nuestra colaboración original en el progreso científico nos redujo al afrentoso estado de pueblo sin representación diplomática en las cancillerías de las potencias sabias que imponen al mundo la literatura técnica, y en esta total ausencia de España el único momento en que se la hace comparecer es al tratar de la metalurgia de la plata, debiendo esta consideración, no á su obra actual, sino á la persistencia de la empezada por la inventiva de Bartolomé de Medina y coronada por la inventiva y la expo-

sición doctrinal de Alonso Barba.—Es sorprendente ver en uno de los volúmenes de la extensísima *Encyclopédie chimique*, todavía en publicación, un vocabulario de más de doscientas palabras, casi todas españolas y algunas indias, correspondientes á la metalurgia hispano-americana, vocabulario recomendado por el autor del volumen señor Roswag, como indispensable para el conocimiento actual de la metalurgia de la plata, en la que todavía perdura el carácter con que los españoles la crearon.

El *Arte de los metales* por su propio mérito, y como representación suprema de cuanto sobre el mismo asunto escribieron sus predecesores, será siempre, para todos, un libro magistral, y para España un capítulo de los más auténticos de la historia de su pensamiento por estar escrito, como muchas de nuestras obras literarias, sobre el campo de operaciones, con el espíritu empapado en la substancia vital de los hechos, generadora de conceptos imperecederos, porque, sean cualesquiera los sistemas científicos dominantes, á los frutos de tan vigorosos gérmenes nunca ha de faltarles el sustento de la realidad.

*
* *
*

Después de tanta luz irradiada por la ciencia española en el siglo xvi y en la primera mitad del xvii, sobreviene, casi sin intervalo crepuscular, la congojosa obscuridad en que se extingue el imperio de los Austrias, pero no tarda en alborar un nuevo día por los resplandores de la cultura francesa que penetraron en nuestro ambiente al consolidarse en el Trono el Monarca fundador de esta Academia. Su claridad, aunque más tenue que la de los pasados días de refulgente esplendor, va aumentando en los reinados de Fernando VI y Carlos III, sin decrecer en el de Carlos IV, hasta las nuevas tinieblas intelectuales amontonadas por la guerra de la Independencia.

La cultura importada por la dinastía borbónica fué puramente literaria en sus comienzos, pero la gran estimación concedida á los que entonces eran llamados *conocimientos útiles*, promovió los estudios científicos dando la preponderancia á los que conducían á la explo-

tación y acrecentamiento de las producciones naturales. — Nuestros estadistas, influídos por las tendencias de su siglo, mostraron gran interés en poseer el inventario de las riquezas minerales y vegetales de las colonias, y con este deseo renació la literatura científica hispano-americana.

En aquella época los estudios botánicos estaban decorosamente representados en España, y para atestiguarlo, cito el irrecusable testimonio de un extranjero, el del predilecto discípulo de Linneo, Löffling, quien en carta á su maestro confesó noblemente la gran sorpresa que había tenido al encontrar naturalistas muy estimables, autores de excelentes colecciones y herbarios, en un país que él imaginaba sumido en la ignorancia. De este plantel genuinamente nacional salieron los intrépidos exploradores que, secundando altos anhelos de política científica, volvieron á escudriñar las riquezas naturales del Continente americano. Y para dar cuenta de la magnitud de la empresa, sin temor á la tacha de exageración, dejo la palabra también á un extranjero, al muy honorable Alejandro Humboldt, quien declara ante la faz de Europa, en una obra no escrita en castellano, que «ningún Gobierno europeo sacrificó sumas más considerables para adelantar el conocimiento de los vegetales que el Gobierno español. *Tres expediciones botánicas*: la del Perú, Nueva Granada y Nueva España, dirigidas respectivamente por los señores Ruiz y Pavón, D. José Celestino Mutes y los señores Sessé y Mociño costaron al Estado casi dos millones de francos». Y con amarga tristeza debemos añadir nosotros que, habiendo quedado inédita la mayor parte de la obra de aquellos investigadores que con celo siempre escrupuloso y á veces rayano en lo heroico desempeñaron su misión, sólo nos han servido tan grandes sacrificios para que una vez más podamos repetir el *sic vos non vobis* por los despojos que hicieron los de fuera de los tesoros archivados en los manuscritos que la desidia nacional había relegado al olvido.

Aquellas exploraciones, proseguidas durante veinte años, enriquecieron la Fitografía con la descripción de cuatro mil especies nuevas, mostrando sus autores igual solicitud en la satisfacción de las exigencias del tecnicismo y en el respeto á la pureza del lenguaje, hasta el punto de que en algunos pasajes parecen redivivas las cinceladas locu-

ciones que resaltan en la prosa clásica de sus predecesores el P. Acosta y el P. Bernabé Cobo, y al mismo tiempo despertaron la afición científica en los americanos, impulsándolos á establecer en su país centros de estudio como el Jardín Botánico de Méjico fundado en terrenos del propio Palacio del Virrey y dirigido por el profesor mejicano señor Cervantes.

La Mineralogía y la Metalurgia no fueron menos atendidas que la Botánica. Entre los muchos pensionados que España envió á Freyberg para que en su famosísima Escuela recogiesen las enseñanzas de Werner, descollaron D. Andrés del Río y D. Fausto Elhuyar hasta alcanzar la talla de los descubridores de los cuerpos simples, siéndolo el primero del que denominó *paneronio* y *eritrono*, rebautizado treinta años después por Sefström con el nombre de la divinidad escandinava *vanadis*, y el segundo del volframio, llamado después tungsteno. Estas dos glorias de la ciencia española, precisamente por lo excepcional de su mérito, fueron enviadas á la Nueva España para que en el Real Seminario de Minería, que en el suelo mejicano era por sus elementos de trabajo remedo de la Escuela de Freyberg, reanudasen las gloriosas empresas realizadas en el Perú por Alonso Barba.

Y para complemento de tan vasta obra de exploración científica, Alejandro Humboldt, después de ser agasajado por Carlos IV en Aranjuez, sale del puerto de la Coruña á bordo de la fragata *Pizarro* rodeado, según confesión propia, de todas las comodidades imaginables, recorre gran parte de América, teniendo siempre el apoyo oficial, y todas las noticias que á España enviaba eran publicadas en los *Anales de Historia Natural* que, por orden superior y subvencionados por el Estado, salían á luz desde 1799, siendo sus redactores D. Cristiano Herggen, don Luis Proust, D. Domingo Fernández y D. Antonio José Cavanilles, quienes alternaban los estudios referentes á las cosas de la Península con los encaminados al conocimiento de la Historia natural de América.

En el siglo XVIII, como en los precedentes, son las tierras trasatlánticas campo predilecto de la actividad científica española desde el cual todos los hombres de buena voluntad deben protestar de las injurias lanzadas contra nuestra obra colonizadora. La compenetración de la me-

trópoli y las colonias en la empresa del conocimiento de la Naturaleza es tan íntima y tan extensa desde el instante de la conquista hasta el de la independencia, que la literatura científica de mayor realce escrita en habla castellana es la *hispano-americana*. Si el afán de enriquecerse fué el único móvil que impulsó á los que vadearon los ríos y registraron los bosques del Nuevo Continente, y á los que buscaron los tesoros soterrados en las moles riscosas de los Andes; y si la grandeza del botín la atestiguan los profundos socavones de los cerros mejicanos y peruanos, podemos decir con noble orgullo que en ellos dejaron sus explotadores la enseñanza de las empresas seriamente científicas, y contraviniendo la orden de echar siete llaves al sepulcro del Cid nuevamente lo abriremos para que oigan otra vez los logreros de nuestra magnánima empresa

que aunque cuidan que es arena
lo que en los cofres está
quedó soterrado en ella
el oro de mi verdad,

porque España procedió en América como el héroe de la Reconquista, soterrando lo más preciado de su alma, su labor científica, en la arena en que hubo de luchar con la dura resistencia de la Naturaleza inexplorada.

* * *

En la generosa empresa de la investigación de la verdad los diferentes conocimientos humanos tienen jerarquías tan circunstanciales que son fines únicos ó medios auxiliares, según esté orientado el asunto que el investigador desea esclarecer, y en la perfecta anastomosis de todas las ramas por donde se distribuyen los varios productos de la actividad mental, relaciónanse tan íntimamente las regiones del sistema circulatorio más distantes entre sí, que por sus mutuos servicios puede descubrirse en cada parte la acción del conjunto.

Para poner en realce el propósito que me ha movido á la elección del tema de este discurso, después del examen de la obra científica precedentemente historiada, creo llegado el momento de descubrir mis in-

tenciones, que son las de colaborar en la política de la fraternidad hispánica puntualizando el beneficio espiritual que debe reportar á nuestra Patria la elaboración en las raíces de la Metrópoli de la savia de la literatura científica, que dió en las colonias sus frutos más substanciosos.

Desde que Cicerón lo dijo viene afirmándose que la Historia es *maestra de la vida*; pero, á pesar del excelso origen de la sentencia, me veo compelido á no darle mi insignificante asentimiento, porque los fenómenos sociales son tan asombrosamente multiformes, que siempre sorprenden á los espectadores sin que haya servido para prevenirlos lo que aconteció en Grecia y en Roma. Mommsen en el puesto de Bismark hubiese sido una calamidad nacional. Cánovas y Gladstone fueron grandes estadistas independientemente de sus conocimientos históricos. En lo severo de este juicio me apoya la autoridad de quien fué al mismo tiempo gran historiógrafo y hábil político, de Saavedra Fajardo, que gravemente impugna en sus geniales *Empresas* la misma tesis que ridiculiza en la *República literaria* con esta declaración despectiva: «Lo que más me obliga á risa es la vanidad de los historiadores en abrogarse á sí la teórica y práctica de la política fundada en sus discursos y sucesos, como si de éstos se pudiera fiar la prudencia.» Pero sin incurrir en contradicción con lo dicho, no dejo de reconocer que la Historia, aun aparte del fin especulativo de conocer el proceso de los organismos sociales, desempeña la misión muy trascendental de rectificar errores y reparar injusticias, uniendo con lazos de afecto á quienes por la ofuscación de las pasiones del momento vivían desunidos en un ambiente de infundados rencores.

Europa, al juzgar á España en el período de su grandeza, se expresaba, según Lord Macaulay, «como un hombre cuyo corazón está henchido de odio; pero que, humillado por el que odia, siente penosamente la superioridad, no sólo del poder, sino también de la inteligencia de su enemigo». El odio se ha desvanecido por la razón nada halagüeña de nuestra actual flaqueza, y la superioridad material é intelectual antes tan penosamente soportada va obteniendo, aunque con lentitud, la debida reivindicación y con ella el afecto de que estábamos desposeídos. Pero el afecto tranquilo, y en algunos momentos compasivo, que Europa empieza á concedernos, es ya verdaderamente cordial, llegando

en ocasiones hasta la vehemencia en la América de abolengo hispánico.

Como desquite de las acriminaciones expresadas de mil modos, y que pueden resumirse en la siguiente de Andrés Bello:

Asaz de nuestros padres malhadados
expiamos la bárbara conquista,

ya podemos aducir testimonios de protesta, como el del actual Arzobispo de Montevideo, que, por su mucha extensión no reproduzco íntegro, limitándome á transcribir un párrafo, que él solo, por ser de quien es, y por revelar un nuevo estado de opinión, basta para desagruar á los maltratados autores de la *bárbara conquista*. «Descendiente de españoles, dice el venerable Prelado, siento correr por mis venas la ingénita simpatía por la querida y noble madre Patria, España; y no es sólo simpatía, sino verdadera admiración y orgullo de raza, porque yo desafiaría al más ilustrado historiador á que demostrara la existencia en la historia de la humanidad de una Nación, de cualquier raza que sea, más gloriosa y más heroica que España; y mucho menos se demostrará que haya existido una nación-madre más fecunda de naciones y pueblos, con la particularidad admirable de que en esa gestación prodigiosa no haya perecido anémica después de haber dado la existencia á tantas hijas como son las Repúblicas hispanoamericanas.»

Sobreponiéndonos á la deleitosa emoción causada por estas efusivas palabras y examinando los vínculos intelectuales, debemos advertir que los americanos sólo reconocen nuestra paternidad en los estudios literarios y en los históricos, pero no en los científicos. Nos dicen, y al parecer con plena razón: las ciencias experimentales empezaron á desarrollarse en el período de vuestra decadencia, no habéis contribuído á su progreso, no vivís la vida de laboratorio, sois forasteros en la nueva obra de la exploración de la Naturaleza, y por vuestra esterilidad tenemos que acudir á otros pueblos donde existe la raza de los investigadores que nosotros deseamos formar para satisfacer el ansia de la alta cultura científica, que es la que da hoy honra y provecho á las naciones. Desgraciadamente esto es exacto, pero también es injusto, porque limita el campo para formular el cargo.

La ciencia del siglo XIX, presuntuosísima por sus asombrosas conquistas, desdeñó todo linaje de precedentes, y sólo estimó la actualidad como si la generación espontánea negada en el proceso de la vida existiese en el proceso intelectual; pero el siglo XX, con juicio más sereno, empieza á tender su mirada por los horizontes de la Historia para restaurar el cuadro mutilado de la evolución de los sistemas científicos. Aleccionado por las repetidas crisis de multitud de teorías necesariamente consecutivas á los progresos de la investigación, pero inesperadas en el primer envanecimiento de la ciencia experimental, intenta romper el círculo de la estimación exclusiva de lo presente, convencido de que todo momento, por magnífico que sea, es sólo un eslabón de la cadena fabricada por la Humanidad en el curso de los tiempos.

Si en el desarrollo de la Historia lo presente está lleno de lo pasado y henchido de lo por venir, en el estudio de todas sus manifestaciones, sin excluir la científica, no nos encastillemos en la soberbia de nuestro instante desconociendo que sólo es un punto de la serie predestinado á perder su brillo por la pátina de la antigüedad como lo perdieron los anteriores y lo perderán los sucesivos.

No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
más que duró lo que vió,
pues que todo ha de pasar
por tal manera.

No creo que por estas palabras se me acuse de escéptico y menos de tradicionalista: soy evolucionista convencido, y como consecuencia lógica de mi criterio, no procedo como los que hablan de la evolución con el énfasis de únicos poseedores de su concepto trascendental, y niegan el encadenamiento de los términos en la serie histórica de las idas científicas, desconociendo lo transitorio de las fases en la continuidad del proceso. Ansío con impaciencia ver á España en el concierto de las naciones directoras de la civilización impulsada por el espíritu del progreso, pero sin desdeñar los preciosos antecedentes intelectuales de su personalidad nacional, porque *nada viable brotará de lo presente*

que no tenga raíces en lo pasado. Vengan *Comptes rendus*, *Proceedings* y *Berichte* con la tinta húmeda de la reciente impresión y asimilemos sin retraso sus innovadoras doctrinas, pero sin relegar al olvido las obras de nuestros sabios investigadores que revelaron á la Humanidad un Nuevo Mundo juntando en real y artística asociación lo moderno y lo antiguo como en los trajes suntuosos de las damas de nobleza rancia armonizan sedas y terciopelos de fabricación reciente con encajes y brocados que labraron artífices de otras centurias.

Mi creencia, quizá sugerida por la pasión del especialista, es que la hegemonía intelectual la ejercerán en las edades futuras los reveladores del código constituido por las leyes naturales, y en esa era histórica, cuando las dos Españas, la cisatlántica y la trasatlántica, sean campos de la espléndida producción científica que en mi optimismo espero, una y otra, al contemplarse amistosamente en posesión de la propia personalidad, celebrarán, con esplendor en días señalados y con íntima devoción cotidianamente, fiestas de familia en las que la lectura de sus clásicos será deleite del alma, generador de la veneración que habrá de tributarse en los mismos lares solariegos á los que son simultáneamente autoridades de la ciencia y del habla castellana.

Y para terminar, señores Académicos, quisiera yo que mi voz, por su elocuencia y por su autoridad, resonase poderosamente, y que, desde lo alto de esta prestigiosa tribuna, se difundiese mi fraternal llamamiento por las tierras contenidas entre los dos grandes Océanos, y que penetrando en el alma de los que hablan, piensan y sienten como nosotros, les dijese: ¡Americanos! En vuestro mundo mostró su fecundidad el genio científico de España, y por la generosa esplendidez del legado que empezasteis á usufructuar desde las primeras generaciones de vuestros verdaderos ascendientes, unámonos todos para comulgar con el fervor que tan sagrados vínculos debe inspirarnos en los venerandos textos de la literatura científica hispano-americana.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ALEJANDRO PIDAL Y MON

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

SEÑORES ACADÉMICOS:

Impelido por exigencias del cargo que por vuestras bondades ejerzo, me levanto á dar la bienvenida al seno de esta docta Corporación, al nuevo Académico, lamentando que persona más autorizada, por lo competente, que yo en las materias científicas, en que es especialista el Sr. Carracido, no sea el encargado de contestarle, elevando sobre el pavés de su propia sabiduría los merecimientos científicos del recipiendario; pero como el nombre y los trabajos del Sr. Carracido son harto notorios dentro y fuera de España (por lo que han sido causa de su elección), no me será necesario más que invocarlos ante vosotros para formar con ellos el pedestal que le permita ocupar triunfalmente el asiento que dejó vacante la muerte, tan deplorada y sentida, del inolvidable Sr. Benot, entre nosotros.

Larga, aunque agradable tarea, sería ir recogiendo por libros y revistas y todo linaje de publicaciones periódicas los trabajos intelectuales de la fecunda pluma del Sr. Carracido, desde interesantes novelas como la *Muceta roja*, y apreciables ensayos histórico-dramáticos, como *Jovellanos*, hasta *Estudios histórico-críticos de la Ciencia Española*, tan favorablemente informados por la Academia de la Historia, y obras premiadas por la nuestra, impresas y publicadas á nuestras expensas, como *El Padre José de Acosta, y su importancia en la literatura científica española*, sin contar la innumerable multitud de artículos en diarios y revistas concernientes á nuestro tesoro literario, descollando por su carácter especial estos trabajos entre la enorme masa de las producciones más genuinamente científicas, que, por no hacer intermi-

nable su simple enumeración, relegamos, lo más brevemente compendiadas al apartado de una nota (1), no sin consignar en el texto el especialísimo esmero que ha puesto constantemente su autor, aun en las más abstractas ó las más prácticas, de vestir el oro de su ciencia exacta, física ó natural, con los esmaltes del buen decir, tanto en el orden de los primores del estilo como en el de la propiedad de los vocablos y en lo castizo del lenguaje.

Con lo que satisfactoriamente se explica que el Sr. Carracido, no sólo haya ejercido, desempeñándolos con honor, cargos tan importantes y tan honrosos como el de Catedrático por oposición de Química orgánica en 1881 en la Universidad Central y el de Catedrático, también por oposición, de Química biológica en 1898 en la enseñanza del doctorado de las Facultades de Medicina, Ciencias y Farmacia, y los de Académico de número de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales desde 1887, Académico de la Real Academia de Medicina en 1905, Académico correspondiente de la Real Academia de Ciencias de

(1) PUBLICACIONES CIENTÍFICAS.—*La nueva Química.—Introducción al estudio de la Química según el concepto mecánico.*

Tratado de Química orgánica.

La evolución en la Química.

Tratado de Química biológica. Obra juzgada con elogio por el profesor E. Lambling en la *Revue générale des Sciences*; por H. Pieron en la *Revue Scientifique*, y por el Dr. Werner Mecklenburg en el *Biochemisches Centralblatt*.

LUGUBRACIONES SOCIOLÓGICAS Y DISCURSOS UNIVERSITARIOS. — *Estado de la enseñanza de las ciencias experimentales en España.* Discurso leído en la Universidad Central en la inauguración del curso de 1887-88.

Concepto actual del elemento químico. Discurso leído en el acto de la recepción en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales el 19 de Febrero de 1888.

Farmacodinamia de los modificadores de la oxidación orgánica. Discurso leído en el acto de la recepción en la Real Academia de Medicina el 4 de Febrero de 1906.

Mecanismos de la nutrición celular. Conferencia pronunciada en la Escuela Médica de Oporto el 29 de Agosto de 1902, y publicada en la *Revista de Química pura e aplicada* de dicha ciudad.

Los medicamentos complejos. Conferencia pronunciada en el XIV Congreso Internacional de Medicina, traducida al alemán por el Dr. Werner Mecklenburg con el título *Über die Werwendung zusammengesetzter Arzneien*, y editada

Lisboa, Bibliotecario de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en Madrid y Consejero de Instrucción pública y de Sanidad, sino que alcanza y logra hoy un lugar entre los individuos de número de la Real Academia Española, donde para los trabajos literarios que constituyen los fines de su institución serán de tanta utilidad los conocimientos combinados de literarios y científicos de nuestro nuevo compañero.

en Leipzig por Johann Ambrosius Barth, 1904. En el año 1903 se publicó de la misma un extracto en el *Medical Record* de Nueva York.

Coagulation du sang. Rapport officiel presentado á la sección de Fisiología del XV Congreso Internacional de Medicina.

Formación de los ácidos biliares en el organismo.

Clasificación de los albuminoides.

Condiciones de solubilidad de las sales fraccionables por el agua.

Tentativa de explicación de las propiedades extraordinarias del Radio.

Observaciones relativas al proceso químico de la queratinización.

Estudio experimental de la producción de la glicerina en la fermentación alcohólica.

La reacción colorada del sulfocianato potásico.

La reacción Michailow.

Formación natural de la hemoglobina.

Un dato químico para la explicación de la glucosuria pancreática.

Acción de la quinina y de la pilocarpina sobre las oxidasas.

Teoría química de la inhibición fisiológica.

Examen de una supuesta incompatibilidad de los calomelanos.

Estas notas de trabajos de investigación y algunas más fueron publicadas, ya en la *Revista de la Academia de Ciencias*, ya en los *Anales de la Sociedad Española de Física y Química*, y reproducidas, unas íntegras y otras en extracto, en el *Biochemisches Centralblatt*, ó en el *Physikalisch-chemisches Centralblatt*, ó en el *Bulletin de l'Institut Pasteur*, ó en los *Annales de Chimie analytique*.

Problemas bioquímicos. Cuatro cursos explicados en la Escuela de Estudios superiores del Ateneo.

Cuestiones de Química patológica. Un curso explicado en la misma Escuela.

Procedimiento inventado por los españoles para la explotación de los minerales de plata. Monografía escrita en francés y publicada en Berlín (*Verzeichnis der Mitarbeiter*).

Estudio de las aguas de Carlsbad, hecho por encargo del Municipio, propietario de dichas aguas.

Multitud de conferencias sobre diversos asuntos en el Ateneo y en otras Sociedades de Madrid.

Multitud de artículos de vulgarización científica, parte de ellos publicados durante tres años de colaboración periódica en los *Lunes de El Imparcial*,

Ante los que empeñados como nosotros en la ruda labor de completar y de perfeccionar indefinidamente el Diccionario vulgar de la lengua española, somos testigos diariamente de la dificultad, tantas veces insuperable, de armonizar las exigencias del uso con las definiciones y las clasificaciones de la ciencia, procurando la castiza formación para los neologismos científicos que, con no haber perdido del todo aún su carácter notoriamente técnico, han ido tomando carta de naturaleza en la conversación, hasta aspirar á derecho de ciudadanía en el idioma castellano, no he de tener que hacer grandes esfuerzos, seguramente, para encomiar la utilidad de los especiales conocimientos en ambos ramos del Sr. Carracido, y por lo que hace á la importancia y notoriedad de su nombre como escritor literariamente científico, tanto en España como en el extranjero, me bastará aducir algunos datos de esos que en estos siglos de velocidad, suplen, á modo de *gráficos* análisis concienzudos, que si hay espacio acaso para escribir, no se encuentra fácilmente para leer, en estos tiempos que ya más que tiempos del vapor son verdaderamente tiempos telegráficos.

Me refiero á la publicación en Berlín de su *Monografía sobre los procedimientos inventados por los españoles para la explotación de los minerales de plata*, y á la traducción al alemán por el Dr. Werner Mecklenburg, editada en Leipzig y reproducida en Nueva York, de su *Conferencia sobre los medicamentos complejos*, á lo que, unido á las traducciones y menciones honoríficas en varias lenguas extranjeras de otros trabajos del autor, pone digno coronamiento y remate el hecho de que la importantísima casa editorial de J. Ambrosius Barth, de Leipzig, haya creído merecedores de compartir, el nombre y los trabajos del Sr. Carracido, con los de Calderón de la Barca y de Cajal en el honor, verdaderamente excepcional, de ser los únicos autores españoles traducidos, y además publicados en español, por aquella verdadera institución literaria, lo que no deja de ser un blasón en estos tiempos que logramos, en que solemos medir nuestra cultura nacional por la estimación que hacen de nosotros los críticos extranjeros.

En España el Sr. Carracido goza fama, hace años, de inteligente y concienzudo é incansable trabajador en todos los ramos de la Ciencia, sin excluir los que se rozan con la Filosofía y las Letras, y yo no puedo

ménos de recordar la interesante polémica que con nuestro gran filósofo el Cardenal González, ó sea el Padre Zeferino, llevó á cabo en *El Imparcial* sobre el *darwinismo transformista*. Polémica cuyo satisfactorio final consta en un autógrafo del filósofo dominico que el Sr. Carracido guarda y conserva como un blasón, pues en él declara el sabio teólogo español que «su criterio sobre la crítica de esa historia es muy parecido, por no decir idéntico, al del Sr. Carracido», con lo que dicho está, para mí, lo alto que queda la seriedad científica del autor que ha merecido tal elogio (1).

Bien venido sea, pues, el Sr. Carracido á ocupar el sillón, enlutado todavía por la ausencia del Sr. Benot, cuya memoria resplandecerá siempre grata en esta Academia que podrá ostentar su nombre á la posteridad, no sólo como una de sus glorias filosóficas y literarias, sino como un modelo perfecto de corrección y serenidad académica, pues, si la Academia con su elección evidenció una vez más la imparcialidad austera de sus decisiones buscando y acogiendo el mérito donde lo hay, con precisión absoluta de partidos y aun de sistemas, el elegido

(1)

Sevilla, 5 de Junio 1889.

Sr. D. José R. Carracido.

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: Después de dar á usted sinceras gracias por los elogios inmerecidos que me tributa en *El Imparcial*, debo manifestarle que no creo necesario ni conveniente hacer nuevas rectificaciones.

Sólo me permitiré indicar á usted que en la cuestión del darwinismo transformista hubiera sido más justo y razonable buscar ó señalar mi criterio, no en el apéndice que usted cita, escrito hace diez y ocho ó veinte años, sino en la última edición de la *Historia de la Filosofía*, publicada hace tres ó cuatro años. Si usted se toma el trabajo de leer lo que allí escribo al sintetizar la crítica del darwinismo, verá que mi criterio en esta cuestión es muy parecido, por no decir idéntico, al de usted y al de Estienne.

Hombre de verdadera ilustración, como lo es usted, no puede ignorar que si los años no pasan en vano sobre los hombres y los pueblos, con mayor razón no pasan en vano sobre las ideas que se refieren á las ciencias físicas y naturales, las cuales, por su carácter experimental, se prestan á modificaciones y á desarrollos progresivos en las hipótesis y solución de los múltiples y complejos problemas que encuentran en su camino.

Con esta ocasión tengo el honor de ofrecerme de usted atento y s. s. y c.,

q. b. s. m.,

† *El Cardenal Arzobispo de Sevilla.*

de la Academia Española acató, más aún que respetó, siempre con tanta delicadeza como corrección, el sentido legal y moral, oficial y privado de esta Academia en que tanto culto se rinde á la tradición de su espíritu y de sus prácticas. Por ser tal vez en este instante yo el más apartado de todo lo que el nombre del Sr. Benot representa en la Historia pública del País, me creo más obligado á rendirle el homenaje de mi testimonio, presentándole como modelo ejemplar de Académicos que nunca fueron en la Academia Española otra cosa que miembros ilustres y trabajadores de la misión que nos ha confiado la Patria de mirar por el esplendor de su lengua, conservándola informada por el alma inmortal del secular espíritu de su historia.

El Sr. Carracido, sucesor académico y heredero científico del señor Benot, nos lo acaba de recordar y de confirmar prácticamente en el elocuente discurso que acabáis de oír, y cuyos profundos asertos, á los oídos de un auditorio vulgar, aleccionado por los insultos corrientes del arroyo, antes sonaría á panegírico clerical de devoto tradicionalista que á diatriba obligada y sectaria declamación contra el obscurantismo cristiano de evolucionista impenitente... De tal modo y con tanta conciencia crítica se analizan en él, como acabáis de oír, las glorias científicas y literarias de la España católica, monárquica y tradicional, los fueros racionales y científicos de la tradición y hasta el saber, el estudio heroico y la virtud de clérigos y hasta de jesuitas. Mucho me temo que todo lo que gana el Sr. Carracido en el mundo elevado y serio de la reflexión con su ascensión á la Academia lo va á perder, con creces, en el orbe de cierta popularidad, donde no se admite ni la posibilidad de ser buen crítico, verdadero sabio, ni mediano artista siquiera, si antes no se sacrifica en las aras de la impiedad tan siquiera un macho cabrío al són de alguna blasfemia trascendental contra las bases eternas de la sociedad, de la Religión y de la Patria, con lo que ya se alcanza patente de *intelectual*, de *pozo de ciencia* y de *genio*.

Con efecto, lo acabamos todos de oír. El Sr. Carracido es un *evolucionista* convencido, no es un tradicionalista

laudatur temporis acti,

y, á pesar de su fe en la evolución, no procede como los que hablan de ella con el énfasis de únicos poseedores de su concepto trascendental,

negando el encadenamiento de los términos en la serie histórica de las ideas científicas, y desconociendo lo transitorio de las fases en la continuidad del proceso, sino que ansía ver á España en el concierto de las naciones directivas de la civilización, pero sin desdeñar los preciosos antecedentes intelectuales de su personalidad nacional, porque *nada viable brotaría de lo presente que no tenga sus raíces en lo pasado*, por lo que sueña en el porvenir, como ideal realizado por la vara mágica de la evolución, con la hegemonía intelectual de las edades futuras reveladoras del código constituido por las leyes naturales; era histórica en que las dos Españas, la *cisatlántica* y la *trasatlántica*, desprendidas de su actual educación extranjera por la recuperación de su perdida personalidad, celebran fiestas de familia solemnizadas con la lectura de sus clásicos, venerando en sus mismos lares solariegos á los que son simultáneamente autoridades de la ciencia y del lenguaje á la vez.

La verdad es que si no le salva al Sr. Carracido, sus artículos de *El Imparcial*, el timbre de *evolucionista* declarado no ha mucho por un doctor en Cristianismo especial, incompatible con todo Cristianismo que acepte el dogma de la *creación ex nihilo*, y su fama de *sabio* en la ciencia experimental, lo van á poner de antropófago y troglodita que será cosa de ver. Pues qué, dirán, ¿no habíamos quedado en *aquello de la España inquisitorial*, del *obscurantismo* y demás variantes de la canción protestante, enciclopedista y revolucionaria pasada en artículo de fe en el *credo* de todo buen español?

Para el Sr. Carracido, que como iréis observando es un escritor... *sospechoso*, á pesar de sus alambiques, en la protesta de las doctrinas antiguas, seguidas con ciego acatamiento hasta entonces, descuella la España—iba á decir inquisitorial—anticipándose á la rebelión de Galileo y de Descartes y formando *Ciencia Española*, que si *hoy* es poco perceptible por pobreza del organismo social que la produce, allá en el período pujante de nuestra Patria (por los tiempos abominables y vergonzosos de Felipe II, por lo visto), era de gran realce, principalmente por la labor original realizada para el conocimiento y explotación de las riquezas del Nuevo Mundo.

Por esto añade después del himno triunfal entonado en honor de la Potencia creadora de los pueblos en todos los órdenes de su activi-

dad, cuando son grandes de veras estas sintéticas palabras: «De esta potencia vital de las Naciones en el período culminante de su grandeza es *asombroso* testimonio la acción de España en el Nuevo Mundo.»

Pues no se contenta con esto el Sr. Carracido, y haciendo vibrar con refinada malicia el corazón de sus oyentes, escribe con pérfida elocuencia estos renglones, que delatamos á las iras de los sucesores de Mr. Masson: «Constantemente afrentados por la ausencia de nombres españoles—dice el Sr. Carracido—en el libro de honor donde se inscriben los de los investigadores de las leyes naturales, sin acallar el ansia de salir de nuestra vergonzosa obscuridad, podemos tener algún consuelo (¡ah, pérfido!) recordando que fuimos los principales investigadores del Planeta y los primeros en ofrecérselo á la Humanidad en toda su redondez; y si en los libros de física y de química nunca leemos los apellidos de nuestra genealogía nacional, allá están diseminadas por los grandes Océanos las islas de Pérez y de Juan Fernández, exhibiendo en medio de las embravecidas olas la ejecutoria de las audaces iniciativas de los patronímicos más vulgares de los linajes españoles.»

Verdaderamente el *trágala* á los enemigos del nombre español y de su gloria es propiamente monumental, cuando era cosa averiguada que nada significamos jamás en la historia de la ciencia en el mundo.

Pero el Sr. Carracido, con implacable delectación, se entretiene hasta en rebuscar objeciones para obtener nuevas victorias, refutándolas, y á los que reparan que una cosa son los actos heroicos de la voluntad y otros los trabajos sistemáticos del entendimiento, los aplasta con la réplica inmediata de «que el afán de conocer todo lo que en las nuevas tierras existía fué tan vehemente como el de conquistarlas», coronando las pruebas con el testimonio de Humboldt en el *Cosmos*. «El fundamento de lo que hoy llamamos *Física del Globo*, prescindiendo de las consideraciones matemáticas se hallan en la *Historia Natural y Moral de las Indias*, del jesuita José de Acosta, y en la obra que publicó Gonzalo Fernández de Oviedo veinte años después de la muerte de Colón. Desde la fundación de los pueblos nunca se había ensanchado tan repentinamente y de modo tan maravilloso como entonces el círculo de las ideas en lo que toca al mundo exterior y á las relaciones del espacio». Y todo por un padre jesuita y un soldado muy amigo de curas,

que fué en lo que vino á parar, según Las Casas, el autor de las *Quincuagenas*.

Pero en esto de *curas* es insaciable el Sr. Carracido, y no ha querido cerrar, como habéis visto, su trabajo, sin evocar otra figura del clericalismo español, del seno glorioso de la ciencia, con menosprecio de las alarmas reinantes sobre el peligro clerical que nos amenaza fulminante en medio de la indiferencia universal por la muerte profetizada de la Religión y de la Iglesia, con los mayores estragos de penitencia y maceración en todos los órdenes de la existencia, tanto colectiva como individual.

La figura del sacerdote metalúrgico que busca ávidamente el precioso metal por amor á la ciencia y á la humanidad y lo desdeña sin ficción una vez obtenido por amor á la pobreza cristiana, muriendo en la miseria por exceso de generosidad, en medio de las tentaciones de la opulencia, es una figura singular, cuyas líneas, tanto intelectuales como morales, merecen ser entregadas á la execración de los clerófobos imperantes, para los que no puede darse posibilidad de ciencia ni de virtud bajo el estigma infamante de la corona sagrada de los ministros del altar en que se da culto á Dios.

En resumen, y para no alargar más la repetición con pretexto de comentario, el discurso del Sr. Carracido es un sillar más, aportado á la gallarda fábrica de la *Ciencia española* por un *científico* que, por haber llevado de frente la literatura con la ciencia, se ha librado de caer en los lugares comunes de la charlatanería vulgar de los sabios de enciclopedia, repetidores constantes de las declamaciones ignaras del eterno Mr. Masson, eco á su vez de los herejes y protestantes enemigos por despecho y por interés de las grandezas intelectuales de nuestra Patria vencedora. Las palabras autorizadas de Macaulay con que termina esta parte de su discurso, atestiguando que «Europa, al juzgar á España en el período de su grandeza, se expresa como un hombre cuyo corazón está henchido de odio, pero que, humillado por el que odia, siente personalmente la superioridad, no sólo del poder, sino también de la inteligencia del enemigo», ponen el sello á esta obra de reparación, todavía, aunque parezca mentira, necesaria, á pesar de todo lo que se ha escrito demostrando la crédula necedad de los cándidos españoles que

ácogen y repiten sin cesar las injurias que contra su Madre arrojan para vengarse sus enemigos de siempre por haber defendido contra ellos la vida y el hogar de sus hijos, tan ingratos como inocentes.

Pero *oportet hæreses esse*. Gracias á la herejía y á la *enciclopedia*, y á todas las declamaciones furibundas de prosistas y de poetas sin erudición ni cultura, se ha ido levantando en el pasado siglo y en el presente el prodigioso monumento de la *Ciencia Española*, y ya es lugar común en todo el que estima en algo su reputación literaria hablar con respeto y con amor de los sabios, de los artistas y poetas, de las hazañas y las glorias de «los siglos del fanatismo y de la Inquisición,» (según el vocabulario del año veinte,) que ejerce todavía su jurisdicción en los términos de las tablas del escenario político, desde el Parlamento al arroyo.

En este hermoso monumento debido á la ciencia de los Valeras, los Laverdes, los Cánovas, los Fray Zeferino González, los Gutiérrez, los Cotarelos, los Cuervos y tantos otros, entre los que sobresale Menéndez Pelayo, se ostenta en todo su natural esplendor la grandeza intelectual del pueblo que, apenas reconquistada su independencia, consolidada su unidad y recobrado su suelo, se lanza á cumplir los altos y generosos destinos á que le llamaba la voz irresistible de Dios, y sacada á salvo la civilización, que se basaba en la fe, en la libertad y el amor, como quien juega, al mismo tiempo, tendía su mano generosa al desdeñado genio de Colón para ir en busca de un hemisferio ignorado, perdido ya y olvidado entre las sombras de la muerte, enviando con él y tras de él, héroes y santos, soldados y misioneros, hombres de Estado, juristas y literatos que hicieron de América una *Nueva España* que, como la vieja, sólo se ha podido perder cuando, renegando de su historia, se disfrazó con ideas y sentimientos, con hábitos y costumbres que están en oposición con su naturaleza y su ser, además de estarlo con toda su vida social por estarlo con la justicia, que es el eterno principio de toda humana sociedad que no sea *un gran latrocinio*.

Y en esto sí que coincido, señores, aun á riesgo de pasar plaza de evolucionista impenitente, con nuestro nuevo compañero. Yo no sé lo que sucederá, dado el fermento de pasiones desencadenadas que trabajan el orden social, tanto en Europa como en América, pero estoy lógicamente y moralmente seguro que ó el *arresto* en el *sviluppo de la civiltà*,

como llama á la barbarie que nos amenaza un escritor nada sospechoso (que prevé con Spencer, *¡el filósofo de la evolución!*, la noche que se cierne sobre nosotros), es definitivo y total, ó es indudable, que un día, más ó menos tarde, América, desengañada, volverá los ojos á su pasado, y mirando cruzar ante ellos, como ensueño de perdida felicidad, la obra amorosa de su madre cuando, fecundándola con la más rica sangre de sus venas, la abría amante su corazón, al tiempo mismo en que los clarines y las trompas y los atabales guerreros de una lucha á muerte y sin tregua por la civilización la llamaba sobre todos los campos de batalla del orbe, América, digo, saludará en los lejanos horizontes del mar, con los ojos velados por el llanto que sube del corazón, aquellas humildes carabelas enviadas por el genio español y tripuladas por su valor generoso para llevar al genio latino y santamente católico de Colón á través del mar tenebroso, para que, conjurándola con su fe, llamase á la vida de la humanidad la mitad del planeta perdida en las soledades inmensas del vasto desierto de los mares, crismándola con el óleo de la religión, despertando á la luz radiante de la razón su espíritu adormecido entre las tinieblas y abriendo al sol de la vida, de la libertad y de la civilización su cadáver insepulto en las aguas.

Ese día de reconocimiento filial, España y América se tenderán amantes y cariñosas los brazos por encima de todos los montes y los mares, y mirando con santa tristeza el poderío material que han alcanzado en su suelo gentes de otra raza y de otra sangre, como hijos al cabo de otro sol; recordando que los pueblos, como los hombres, son hombres y pueblos más que por nada por las almas, sentirán renacer el alma española con que las dotó Dios al lanzarlas á la existencia, y prorrumpiendo acordes en los sonoros acentos de la lengua hermosa de Cervantes, se enviarán el saludo del corazón, como una hija y una madre que, habiéndose separado en la relativa juventud de sus respectivas edades, se echan de menos al atardecer, reconocen la identidad de sus intereses y sus afectos y se estrechan con el alma sobre el corazón, comprendiendo que por algo las hizo Dios de un mismo labio y de una misma sangre al colocarlas esparcidas y separadas, con su diestra Providencial, en los opuestos y apartados hemisferios del mundo.

Y creo más: creo que si llegase á suceder que, evolucionando la ci-

vilización y la vida toda social á otros climas y otras regiones, Europa barbarizada otra vez por las regresiones salvajes á la ferocidad de los instintos groseros de la bestia despojada del destello divino de la razón, que amenazan su porvenir según el grito de alarma de los más audaces reformistas; siguiendo la suerte del Asia, que, de emporio de la cultura oriental, es hoy cementerio de civilizaciones insepultas, relegara definitivamente á la América el cetro del progreso social, veríamos, surcando los mares en devota peregrinación, á los hijos y descendientes de los españoles del Nuevo Mundo, viniendo á visitar, como los Santos Lugares de su raza y como los misteriosos y escondidos orígenes de su vida, las regiones de la Metrópoli en que vieron la luz los padres de sus primitivos fundadores y de donde tomó nombre la fundación, saludando con emoción religiosa todos aquel predestinado y humilde puerto de Palos, de donde surgió la centella germinadora de luz y de vida que alumbra los destinos del Nuevo Mundo y donde emerge triunfante aún, el pedazo de roca que hirió con su pie el genio alado de la civilización al lanzarse intrépido y osado á la mar, para bucear en sus senos y dar al aire y á la luz la Perla sin precio por su valor, que engastada en la diadema de la Cristiandad parecía haber descendido el cielo sobre la tierra.

Y al influjo de aquella sagrada visitación, sintiendo renacer en su espíritu la fuerza antigua vital, España resucitaría de nuevo al contacto juvenil y filial del hijo de las antiguas generaciones que, transmitiéndole su savia y transfundiéndole su sangre, provoca nuevos brotes en él, reverdeciendo su añoso tronco secular con el injerto salvador de sus hijos regenerados.

Nada hace al acaso la inteligencia infinita que preside á la creación, al progreso y á la finalidad de la Historia, que es, al cabo, la parte superior de la Naturaleza, y como la esfera más alta de la perfección total del Universo, y si España recibió como destino y como premio la misión de redimir y de evangelizar el mundo hallado por Colón á la sombra de sus banderas, imponiéndole así el sello indeleble de su raza, de su religión y de su lengua, de sus hábitos y costumbres, y con él el bautismo santo de su fe, de sus ideales y destinos, no pudo menos de ser sino para que en el gigantesco juego de las edades y los siglos, de

las ideas, de los sentimientos y de los intereses rivales, en el violento choque ó en la suave combinación de culturas y civilizaciones distintas, surgiera en la hora suprema y decisiva de la contienda, en forma de invencible mantenedor, aquel espíritu noble, recto, desinteresado, valiente, enamorado de la verdad, de la justicia y del bien, que tan alto dejó marcada su huella en la escala de la civilización en el siglo que se llama de oro para su historia, porque en él esplendió su genuina y propia naturaleza en su noble y opulenta personalidad, sin adobos y sin afeites extrajeros, tal como la había formado el dedo omnipotente de Dios con el barro puro de su suelo, amasado en su diestra providencial y animado con el soplo vital y creador del espíritu nacional tal como brilla y se revela en la historia de la humanidad en dos mundos.

Entonces los que sobrevivan comprenderán lo que hoy no podemos sospechar nosotros: todas las asombrosas consecuencias de la humilde sopa de convento dada por limosna á Colón; de la protección perseverante de los dominicos con Deza y de los franciscanos con Marchena á sus combatidos designios; del sublime, eficaz y decisivo amparo de la Reina Isabel, ¡la mujer más Reina del mundo!, y si América nos asombró surgiendo callada entre las ondas, como una virgen dormida en un lecho de algas sobre la mar, y nos maravilló con sus prodigios naturales, sólo sobrepujados por los morales de nuestros descubrimientos, civilización y conquista, y nos apenó con su emancipación prematura, enemistada y sangrienta, y nos abre hoy con sus brazos amantes, risueños horizontes de mutua prosperidad; en los misteriosos arcanos del porvenir adivinamos y presentimos á la luz como divina de la intuición un espectáculo sublime: el cuadro imponente y consolador en que se mira, sobre la oleada de cieno del materialismo triunfante y del positivismo brutal producidos por el empirismo científico en todas las esferas de la sociedad y en todos los órdenes de la vida, amenazando envolver y anegar toda civilización digna de la integridad de este nombre, alzarse insumergible y triunfante el faro luminoso de la razón, de la libertad y de la fe, llevadas allí por nuestros padres los compañeros de Colón, y depositadas allí con lo más puro de nuestra sangre, como gérmenes eternamente fecundos y eternamente inmortales que, aunque enterrados y ocultos por los remolinos del polvo que levantan

las revoluciones, brotan siempre esplendiendo luz y calor en las almas, cuando las almas hastiadas y desengañadas de la vanidad de los goces y de los placeres de la carne, sienten la inextinguible nostalgia del ideal á que las empuja el amor á las verdades más altas y á las bellezas más sublimes de la ciencia y de la religión, de la literatura y del arte, que hablan al espíritu de sí y de sus destinos inmortales, que no se cifran ni se resignan con la fosa por lo espléndido de la tumba, sino que levantan las alas con anhelos irresistibles hasta el mismo seno de Dios para deificarse con Él, ¡único y bienaventurado reposo á los ímpetus insaciables é inextinguibles del amor!

Pues á no ser la vida y la Historia sino estabulaciones de un día en el árido puerto de la tierra, de trashumantes rebaños de bípedos irracionales conducidos al matadero para goce de los gusanos y continuación interminable de la circulación de la vida, en aras de la ciega fatalidad inconsciente, ni la vida valdría la pena de vivirse como indaga el humorismo sajón, ni la Historia sería otra cosa que un capítulo más de Zoología en la única Historia Natural, ni la ciencia podría ser más que una *estadística* de casos individuales, ni la civilización nada más que el arte refinado de la barbarie, terminando con el suicidio colectivo de la humanidad una vida semejante á una maldición por la apostasia del ser en los altares de la Nada.

Y que ese es el problema que se agita al presente y entraña en su seno los futuros destinos de la civilización, del progreso y de la humanidad, no es posible desconocerlo ni negarlo. En la Historia científica del error no hay error tan grande como el *monismo*, y el *monismo* encumbrado en la órbita de la *evolución*, es la caída en el abismo para no levantarse jamás.

Frente á esta *evolución* del *monismo* está la *evolución* del *dualismo*, que sin perder la grandeza ontológica por el dogma y el principio de la *aseidad* al lado de la *participación*, rompe la malla del error para que florezca á la luz, el dogma espléndido de la *creación* que explica y que ennoblece el Universo.

Y como la lucha entre el principio *monista* y principio *theista*, entre el dogma de la *creación* y el principio de la *inmanencia*, entre una y entre otra *evolución*, es la arena en que se está riñendo la batalla metafísica

del mundo, que se jacta de haberla enterrado ya cuando más se interna en sus dominios y más depende de su soberano poder, y como América es el mundo del porvenir y en ella se han encontrado de frente las dos razas más aptas para encarnar las dos tendencias antagónicas, como lo evidencia la respectiva naturaleza y lo confirma la historia de su propia especulación, tengo por cierto, para mí, que en esta lucha tremenda la bandera de la *evolución del monismo*, que niega la *creación*, ha de ser principalmente la bandera de la raza empírica y positivista á que debió su existencia Bacon y á que la debe Stuard Mill, y la evolución del *theismo* que afirma y exige la creación la de la raza lógica é idealista que engendró á Melchor Cano y á Vives, y esto lo espero en virtud de los mismos principios de la *ley de la evolución*, pues si la *herencia* es una ley *teleológica*, el principio mismo de orientación, de impulsión y de dirección es un factor permanente para fundamentar mi esperanza de que los hispano-americanos, evolucionando progresivamente en la Historia, el día del conflicto total entre las dos evoluciones trascendentales, respondan á su abolengo y se porten en la lucha por la civilización en el mundo del porvenir, como sus padres los españoles se portaron en la lucha por la civilización en el glorioso mundo del pasado, sacando á salvo con su valor y constancia la libertad y razón en el orbe; por donde ya puede ver el Sr. Carracido que á mí no me asusta la *evolución*, y que, lejos de crearla incompatible con el theismo católico, como afirma, *ex cátedra* algún doctor en conciliaciones absurdas, me siento inclinado á creer, con algún sabio apologista, que la teoría de la evolución, cuando en vez de suprimir el ente realísimo y soberano y providente y creador, lo exige como acto puro que precede á toda potencia, como motor inmóvil que preside á todo movimiento, como inteligencia suprema que quiere el fin y da el medio y dicta la ley que impera en el Universo, es uno de aquellos *vasos de oro* que, según deseos de un apologista elocuente, merecen ser arrancados del ara infame de los ídolos para ornamento y honor de los altares de la divinidad verdadera.

Por eso, para acabar he de permitirme decir al nuevo Académico, que con tanto lastre científico viene á tomar asiento entre nosotros: Bien venido sea el sabio en la ciencia experimental á ayudarnos en

nuestras tareas al lado de un Echegaray, de un Cajal, de un Cortázar y de un Saavedra, (que Dios conserve entre nosotros para honor y gloria de la Academia, tan apenada por su dolencia). Bien venido sea, *evolucionista* ó no, pues la Academia no ha de pedirle cuentas por ello. A la Academia le basta con que la *evolución* que profese el Sr. Carracido sea de las que limpian y fijan el lenguaje y de las que engrandezcan la Patria que lo formó para expresar con su alma las ideas de su inteligencia, los sentimientos de su corazón y las verdades eternas, patrimonio social de la gran familia española.

Y eso está muy segura de que lo haréis. Nada lo abona como vuestro discurso esta tarde. En él, al calor de vuestro amor á la Patria, reverdecen gallardas otra vez más, las olvidadas memorias de nuestras grandezas nacionales que, si nos recuerdan nuestro glorioso pasado, nos alientan ofreciéndonos esperanzas de no menos glorioso porvenir, que no siempre este pueblo, empleado como instrumento por Dios para sus obras más grandes, ha de permanecer sumido en la indiferencia ó extraviado en el error, volviendo, por una manía suicida inexplicable, constantemente la espalda á los inagotables veneros de su propia y opulenta personalidad que, como río caudaloso de varoniles virtudes, riega y fertiliza los campos de la humanidad todo lo largo de su historia.

